

Los cambios sociales y políticos que se daban por descontado hasta hace poco por los principales actores, ahora parecen más bien alimentar lo que ya ha comenzado a asumirse como la gran promesa incumplida de la política del chavismo en el poder. Y es que la vieja política, aquella que precedió al experimento desarticulador del “viejo régimen”, se ha mostrado hartamente resistente ante el “nuevo” liderazgo. Al desmantelamiento institucional no ha sucedido la creación de nuevas instituciones. Es más, el bloqueo institucional del poder estatal de la “democracia de partidos” dejó el terreno preparado para la incursión populista, ajena esta última al debilitamiento de la sociedad política –partidos y sistema partidario– y al consiguiente fortalecimiento de una sociedad civil desde entonces politizada.

Así, las tradicionales actitudes antipolíticas, que resultaron del desencantamiento “democrático”, han sido desplazadas por una amplia demanda social renovada, más orientada hacia la participación política efectiva. Y, si bien es cierto que hoy en día asistimos en nuestro país al reordenamiento de la clase política, no lo es menos que lo que se ha ofrecido como nuevo representa ciertamente más de lo mismo que se pretende superar.

De hecho, los caminos y atajos que, tanto para los directores del “proceso” como para los representantes de la vieja política, nos llevarían necesariamente hacia el “nuevo régimen”, han ido configurando hasta nuestros días la base de una frustración colectiva, demasiado pesada y grave, que ha ido deslegitimando la política que queda.

Para los observadores locales, la cuestión se ha venido presentando como una situación límite, agravada por la polarización social que provoca entre los ciudadanos. Este no es el caso para quienes nos han venido observando desde fuera. Porque para estos últimos, el experimento venezolano es abordado, sea como un fenómeno ya conocido, poseedor de aquellas características bien latinoamericanas del caudillismo decimonónico y del populismo modernizante del siglo pasado, o bien como el asalto más reciente de izquierda, largo tiempo excluida de la política. De aquí una suerte de incomunicación de los análisis y estudios recientes, locales y foráneos, sobre lo que se ha dado en llamar la “época de Chávez”.

Si asumimos el hecho de que la partidocracia del pasado ha sido poco a poco sustituida por una jefatura plebiscitaria, que no garantiza en modo alguno la democratización de la forma de hacer política en nuestros días, las expectativas sociales de cambio se han quedado a medio camino, entre la promesa mesiánica y la retórica voluntarista, las mismas que van a desembarcar en la conocida mistificación neopopulista. Es en este terreno donde han

ido tomando cuerpo las revisiones e ineludibles correcciones de una teoría política democrática, que en el lugar y tiempo que nos ha tocado vivir se mueve entre el desgobierno y el autoritarismo.

Asimismo, frente a la cuestión de saber si las acciones y decisiones del nuevo liderazgo se inscriben en una búsqueda democrática genuina y efectiva, se sobreponen las actitudes y expresiones de corte antidemocrático, presentes en la práctica de un vasto sector social, no necesariamente proclive a las soluciones del pasado. Y esto resulta un tanto conocido por quienes, como nosotros, nos movemos entre la observación detenida y la argumentación explicativa. Ya Maquiavelo, en sus célebres *Discorsi*, recomendaba a “Quien quiera reformar unas instituciones anticuadas en una ciudad libre” desde las posiciones de poder, detenerse en el hecho de que “si quiere que el cambio sea aceptado y mantenido con satisfacción general, precisa conservar al menos la sombra de los usos antiguos, de modo que al pueblo no le parezca que ha cambiado el orden político, aunque de hecho los nuevos ordenamientos sean totalmente distintos de los pasados, porque la mayoría de los hombres se sienten tan satisfechos con lo que parece como con lo que es, y muchas veces se mueven más por las cosas aparentes que por las que realmente existen.”

Una tal advertencia, dirigida hacia todo liderazgo que se proponga adelantar una política del “nuevo comienzo”, no ha sido desmentida hasta aquí en la experiencia de las neodemocracias latinoamericanas. ¿Por qué la Venezuela de Chávez habría de ser la excepción? En fin, ¿por qué la política del siglo que comienza con los mismos actores en nuestro país habría de romper con el legado de un pasado omnipresente en la mentalidad de la clase política emergente? Estas se cuentan entre las cuestiones cruciales que apremian a quienes se mueven en los terrenos de la política –gubernamental o de oposición– en los tiempos que corren, tiempos de definiciones y acciones, que pesarán decisivamente en el devenir de nuestras sociedades. De aquí también la exigencia para quienes dedicamos la mayor parte de nuestra actividad a las tareas de observación, estudio y análisis de “la política tal como es” o “tal como nos ha sido dada”. Precisamos, en otras palabras, de un realismo político más consecuente con el tiempo que nos ha tocado vivir, a fin de responder a los desafíos del presente con el propósito de acometer los problemas del futuro que comienza.

ALFREDO RAMOS JIMÉNEZ
Director